

nombre de él a la vida de su hijo. Había nacido el niño antes de las bodas, y aquel hijito no tenía nombre; ahora lo iba a tener. Le quitaba, pues, un remordimiento aquel anillo.

Volvió con el pulgar a acariciárselo; luego, la mano, rendida, cayó otra vez sobre el lecho.

A la mañana siguiente no la ví ya: la adiviné a penas en un pliegue de la sábana, extendida sobre todo el lecho para defenderle de esas moscas que huelen la muerte desde una legua.

LA SEÑORA FROLA Y EL SENOR
PONZA, SU YERNO

BIBLIOTECA ALFONSIANA
VIA S. ANTONIO 11

¿Os lo imagináis, en fin? Es para enloquecer seguramente a todos el no poder averiguar quién entre los dos es el que está loco: si esta señora Frola o este señor Ponza, su yerno. ¡Cosa que se piensa no sólo en Valdana, ciudad desgraciada, plagada de forasteros excéntricos!

Loca ella o loco él; no hay término medio: uno de los dos debe ser loco por fuerza. Porque se trata nada menos que de esto... Pero no, es mejor explicarlo por orden.

Estoy, os lo juro, seriamente consternado de la angustia en que viven desde hace tres meses los habitantes de Valdana, aunque me importa muy poco de la señora Frola y del señor Ponza, su yerno. Porque si bien es verdad que les ha caído encima una grave desgracia, no lo es menos que uno de los dos,

si no ambos, ha tenido la fortuna de enloquecer y el otro le ha ayudado a ello, de tal manera, que, lo repito, no se logra averiguar cuál de los dos está verdaderamente loco; por cierto que consuelo mejor que éste no se puede dar. ¿Os parece poco el de tener bajo esta pesadilla a un vecindario entero? ¿Haber quitado todo sostén al sentido común para que nadie pueda distinguir ya entre realidad y fantasía? ¡Qué angustia, qué perpetuo espanto! Cada vecino ve delante de sí todos los días a aquellas dos personas; les mira la cara; sabe que uno de los dos está loco; lo estudia, lo analiza, lo espía y, ¡nadal, no se puede descubrir cuál lo está de los dos; dónde está el fantasma, dónde la realidad. Naturalmente, nace en cada vecino la sospecha perniciosa de que tanto vale en este caso la realidad como el fantasma, y que toda realidad puede muy bien ser un fantasma o viceversa. ¿Os parece poco? En el pellejo del señor Gobernador, yo, sin más averiguación, acordaría la extradición de la señora Frola y del señor Ponza, su yerno, por el bien del alma de los habitantes de Valdana.

* * *

Pero procedamos con orden.

Este señor Ponza llegó a Valdana, hará por ahora tres meses, como secretario del

gobierno. Se alojó en el caserón nuevo a la salida del pueblo, en aquel que llamamos «el Panal». Allí. En el último piso, un pabelloncito. Tres ventanas que dan al campo, altas, tristes (porque la fachada aquella, aunque nueva, al norte y sobre todas aquellas huertas grises, quién sabe por qué, resulta entristecida), y tres ventanas al interior, sobre el corral, al que da vuelta la balconada de la galería dividida por separaciones de rejas. Cuelgan de aquella balconada acá y allá una porción de cestillos, prontos a ser bajados con cuerdas, si hay necesidad.

Al mismo tiempo, empero, con asombro de todo el pueblo, el señor Ponza alquiló en el centro de la ciudad y justamente en la calle de los Santos, número 15, otro cuartito amueblado, de tres habitaciones y cocina. Dijo que era para que lo habitase su suegra, la señora Frola. Y en efecto, esta señora llegó cinco o seis días después, y el señor Ponza salió a recibirla, él solo, a la estación, y la condujo a dicha casa, y la dejó allí sola.

Ahora bien, se comprende que una hija, al casarse, deje la casa de su madre para ir a vivir con el marido a otra ciudad; pero que esta madre, después, no pudiendo resistir el estar lejos de su hija, deje su pueblo, su casa, y la siga, y que en la ciudad, donde tanto la hija como ella son forasteras, vaya a habitar a una casa aparte, esto no se comprende ya

fácilmente; o se debe admitir entre suegra y yerno una incompatibilidad tan grande que haga imposible la convivencia, aún en estas condiciones.

Naturalmente en Valdana así se pensó al principio. Y por cierto que el que perdió por esto en la opinión de todos fué el señor Ponza. Respecto a la señora Frola, si alguien admitía que acaso tuviera también en esto su parte de culpa, o por falta de indulgencia o por cualquier terquedad o intolerancia, todos consideraban y reconocían aquel amor materno que la traía cerca de su hija, aún viéndose condenada a no poder vivir a su lado.

Gran parte tuvo también, aunque sea duro y cruel decirlo, en esta consideración hacia la señora Frola y en el concepto que pronto se formó en el ánimo de todos acerca del señor Ponza, el aspecto de uno y otra. Rollizo, sin cuello, negro como un africano, con espesos cabellos erizados sobre la estrecha frente, densas y ásperas cejas unidas entre sí, gruesos mostachos relucientes de guardia, y en los ojos profundos, fijos, casi sin blanco, una intensidad violenta, desesperada, contenida con trabajo, no se sabe si de tétrico enfado o de odio a la presencia de los demás, el señor Ponza no es a propósito para conciliarse simpatías o confianza. Viejecita suave, pálida, es, por el contrario, la señora Frola de líneas finas, nobilísimas, y tiene un aire melancólico, de

una melancolía sin gravedad, vaga y gentil, que no excluye la afabilidad con todo el mundo.

Pues bien, de esta afabilidad, naturalísima en ella, la señora Frola ha dado inmediatas pruebas en la ciudad, y pronto en el ánimo de todos los vecinos ha crecido la aversión hacia el señor Ponza, ya que claramente se aparece a todos la índole de ella, no sólo dulce, afable, tolerante, sino también llena de indulgencia y conformidad para el tormento que el yerno le aplica, y también porque se ha venido a saber que no basta al señor Ponza relegar en una casa aparte a aquella pobre madre, sino que lleva su crueldad hasta el punto de privarla también de la vista de su hija.

Sino que «crueldad, no; crueldad, no»: protesta de súbito en sus visitas a los señores de Valdana la señora de Frola, poniendo sus manecitas delante, verdaderamente afligida de que se pueda pensar esto de su yerno. Y se apresura a decantar todas las virtudes de él, a decir de él todo el bien imaginable: qué amor, cuántos cuidados, qué atenciones tenía él, no sólo para su hija, no, sino también para ella, sí, sí, para ella misma, diligente, desinteresado... ¡Ah, no, cruel no, por caridad! Es sólo esto: que quiere toda, toda para él, a su mujercita, hasta el punto de que el señor Ponza, aún el amor que aquella hija debe tener (y él lo consiente, ¿cómo no?) a su madre, quiere que

le llegue, no directamente, sino a través de él, por medio de él, esto es. Sí, puede parecer crueldad esta manía, pero no lo es; es otra cosa, otra cosa que ella, la señora Frola, entiende muy bien y se lamenta de no saber expresar. Temperamento, eso es... pero, no; acaso una especie de dolencia... ¿cómo decirlo? Dios mío, basta mirárselo en los ojos. Producen a primera vista una horrible impresión aquellos ojos tal vez, pero lo dicen todo a quien, como ella, sabe leer en ellos; la plenitud, encerrada en ellos, descubren todo un mundo de amor, en el cual la mujer debe vivir sin salirse de él lo más mínimo, y en el que no debe entrar nadie más, ni aún su misma madre. ¿Celos? Sí, quizás; pero es una definición vulgar de esta totalidad exclusiva de amor. ¿Egoísmo? Pero es un egoísmo que se da por entero, como un mundo, a la mujer propia. Egoísmo, en el fondo, sería quizás que quisiera ella forzar este cerrado mundo de amor e introducirse violentamente en él, cuando ella sabe que su hija es feliz, adorada de este modo. Esto debe bastar a una madre. Por lo demás, no es ni pizca de verdad que ella no la vea, que no vea a su hijita. Dos o tres veces al día la ve: entra en el corral de la casa; toca la campanilla, e inmediatamente su hija se asoma allá arriba.

—¿Cómo estás, Tildina?

—¿Bien, mamá, y tú?

—Como Dios quiere, hijita mía. ¡Abajo, abajo el cestillo!

Y en el cestillo, una carta de dos palabras con las noticias del día. Y bien; le basta esto. Dura ya cuatro años esta vida, y a ella está ya habituada la señora Frola. Resignada, sí. Y casi no sufre ya.

* * *

Como es fácil comprender, esta versión de la señora Frola, este hábito que ella dice haber hecho de su martirio, redunda en desprestigio del señor Ponza, tanto más cuanto más ella pretende excusarle con su largo discurso.

Con verdadera indignación por tanto, y, ¿por qué no decirlo?, con miedo, las señoras de Valdana, que han recibido la primera visita de la señora Frola, acogen un día después el anuncio de otra visita inesperada del señor Ponza, que les ruega le concedan dos minutos sólo de audiencia para una «ineludible declaración», si es que no les causa molestia.

Con la cara sofocada, casi congestionada, los ojos más duros y más tétricos que nunca, un pañuelo en la mano que ciega por su blancura, igual que los puños y el cuello de la camisa, sobre el negro de la piel, de la pelambrea y del vestido, el señor Ponza, enjugándose de continuo el sudor que le corre de la

frente estrecha y de las mejillas sarnosas y violáceas, no por el calor, sino por la violencia evidentísima del esfuerzo que hace sobre sí mismo y por el cual también le tiemblan las gruesas manos de largas uñas, de esta en aquella sala, delante de aquellas señoras que le miran casi con terror, pregunta, ante todo, si la señora Frola, su suegra, ha estado a visitarlas el día anterior; luego, con pena, con esfuerzo, con agitación cada vez creciente, interroga si ha hablado de su hija y si ha dicho que él le impide en absoluto ver a su madre y salir de su casa.

Las señoras, al verle tan agitado, como es fácil imaginar, se apresuran a responderle que la señora Frola les ha hablado, es verdad, de aquella prohibición de ver a su hija, pero también les ha dicho todo el bien posible e imaginable de él, hasta el punto no sólo de excusarle, sino también de no atribuirle sombra alguna de culpa por aquella prohibición.

Sino que, en lugar de tranquilizarse con aquella respuesta de las señoras, el señor Ponza se agita más; los ojos se le vuelven más duros, más fijos, más tétricos; las gruesas gotas de sudor más espesas; y, por fin, haciendo un esfuerzo todavía más violento sobre sí mismo, viene a parar a su «declaración ineludible».

La cual es esta sencillamente: que la señora Frola, pobrecita, no lo parece, pero está loca.

Loca desde hace cuatro años, sí; y su locura consiste precisamente en creer que él no quería permitirle ver a su hija. ¿Qué hija? Ha muerto, ha muerto hace cuatro años su hija; y la señora Frola, justamente por el dolor de esta muerte, se ha vuelto loca; afortunadamente se ha vuelto loca, ya que la locura ha sido para ella el consuelo de su desesperado dolor. Naturalmente no podía consolarse sino así, esto es, creyendo que no es verdad que su hija ha muerto, y, por el contrario, que es él, su yerno, el que no quiere dejársela ver más.

Por puro deber de caridad hacia una infeliz, el señor Ponza alimenta desde hace cuatro años, a costa de muchos y graves sacrificios, esta piadosa locura: tiene, con dispendio superior a sus fuerzas, dos casas: una para sí, otra, para ella; y obliga a su segunda mujer, que por fortuna caritativamente se presta voluntaria a ello, a alimentarle también esta locura. Pero, en fin, caridad y deber hasta cierto punto; pues por su calidad de funcionario público, el señor Ponza no puede permitir que se crea de él, en la ciudad, esta cosa cruel e inverosímil: que él, por celos o por otra razón, prohíba a una pobre madre que vea a su hija.

Declarado esto, el señor Ponza se inclina ante el estupor de las señoras y se va a la calle. Pero no han tenido tiempo las señoras

de reponerse de este estupor, cuando reaparece la señora Frola con su aire dulce de vaga melancolía a pedir mil perdones, si es que, por culpa suya, las buenas señoras han experimentado algún susto por la visita del señor Ponza, su yerno.

Y la señora Frola, con la mayor sencillez y naturalidad del mundo, declara a su vez, pero en gran reserva, ¡por caridad!, porque el señor Ponza es un funcionario público, y precisamente por esto ella la primera vez se ha abstenido de decirlo, sí, que podría perjudicarle en su carrera seriamente; el señor Ponza, pobrecito—buenísimo, buenísimo, intachable secretario del gobierno, cumplido, preciso en todos sus actos, en todos sus pensamientos, adornado de tanta buena cualidad—, el señor Ponza, pobrecito, en este único punto no... no razona, vamos; el loco es él, pobrecito, y su locura consiste precisamente en esto: en creer que su mujer ha muerto hace cuatro años y en andar diciendo que la loca es ella, la señora Frola, que cree todavía viva a su hija. No, no lo hace por cohonestar en cierto modo delante de las gentes sus celos casi maniáticos y aquella cruel prohibición suya de que ella vea su hija, no; él cree, cree en serio, el pobrecito, que su mujer ha muerto y que ésta que tiene consigo es una segunda mujer. ¡Caso lamentabilísimo! Porque es muy cierto que, a causa de su exagerado amor, este hombre estuvo

hace tiempo en peligro de destruir, de matar a su joven y delicada mujercita; tanto, que hubo necesidad de quitársela a escondidas y encerrarla, sin que él lo supiese, en una casa de salud. Pues bien, el pobre hombre, que ya también por aquel frenesí de amor tenía gravemente alterado el cerebro, se volvió loco: creyó que la mujer se le había muerto de veras; y esta idea se le fijó de tal modo en el cerebro, que no nos fué posible quitársela, ni aun cuando, volviendo cerca de un año después, y tan lozana como antes, su mujercita, se la volvimos a presentar. La creyó otra; tanto, que se tuvo, con la ayuda de todos, parientes y amigos, que simular un segundo matrimonio, que le ha devuelto plenamente el equilibrio de sus facultades mentales.

Al llegar aquí, la señora Frola manifiesta tener alguna razón para sospechar que su yerno ha vuelto por completo a su juicio, y que finge, no obstante, creer que su mujer es una segunda mujer a fin de conservarla así toda para él, sin contacto con nadie, porque quizás aún le ataca de vez en cuando el miedo de que puedan de nuevo sustraérsela.

Pero, sí. ¿Cómo explicar, si no, todos los cuidados, las atenciones que tiene para ella, su suegra, si verdaderamente creyese él que es una segunda mujer la que está consigo? No debería sentirse obligado a tantos miramientos con una que, de hecho, no sería ya su suegra,

¿no es verdad? Se comprende que la señora Frola dice esto, no para demostrar aún mejor que el loco es él, sino para probarse también a sí misma que su sospecha es fundada.

—Y entre tanto—concluye con un suspiro, que sobre los labios se le convierte en una dulce tristísima sonrisa—, entre tanto la pobre hija mía ha de fingir que ella no es ella, sino otra; y yo también me veo obligada a fingirme loca por creer que mi hija sigue aún viva. Me cuesta poco, gracias a Dios, porque mi hija, ahí está, sana y llena de vida; la veo, la hablo; pero estoy condenada a no poder vivir junto a ella, y también a verla y a hablarle desde lejos, porque él pueda creer o fingir que mi hija, Dios nos libre, está muerta y que la que tiene consigo es una segunda mujer. Pero vuelvo a decir, ¿qué importa si con este pacto hemos logrado devolver la paz a ambos? Sé que mi hija es adorada y está contenta; la veo, le hablo; y me resigno por amor a ella y a él a vivir así y a pasar también por loca. Paciencia, señora mía...

* * *

Y ahora, digo: ¿no os parece que en Valdanna nos esté indicado permanecer con la boca abierta y mirarnos unos a otros en los ojos, como insensatos? ¿A quién creer de los dos?

¿Quién es el loco? ¿Dónde está la realidad?
¿Dónde el fantasma?

Podría decirlo la mujer del señor Ponza. Pero no hay que fiarse si delante de él dice ella que es la segunda mujer: como tampoco se puede uno fiar si, delante de la señora Frola, confirma que es su verdadera hija. Se debería cogerla aparte, y a los cuatro vientos hacerle decir la verdad. No es posible. El señor Ponza—sea o no él el loco—es realmente celosísimo y no permite a nadie que vea a su mujer. La tiene allá arriba, como en prisión, bajo llave; y este hecho habla, sin duda, en favor de la señora Frola; pero el señor Ponza dice que se ve obligado a obrar así, y que su misma mujer también se lo impone, por miedo de que la señora Frola no se les meta en casa de improviso. Puede ser una excusa. Es además un hecho que el señor Ponza no tiene ni siquiera una criada en su casa. Dice que lo hace por economía, obligado como está a pagar el alquiler de dos casas, y se somete por esto a hacer por sí mismo la compra diaria; en tanto, su mujer, que a decir de él no es la hija de la señora Frola, se somete asimismo por piedad hacia ésta, es decir, hacia una pobre vieja que fué suegra de su marido, a atender a los quehaceres de la casa, aún a los más humildes, privándose de la ayuda de una criada. A todos les parece esto demasiado. Pero también es verdad que este estado de cosas puede ex-

plicarse, si no por la piedad, por los celos de él.

Entre tanto, el señor gobernador de Valdana se ha satisfecho con la declaración del señor Ponza; mas ciertamente el aspecto y en gran parte la conducta de éste no deponen en su favor, al menos en concepto de las señoras de Valdana, más propensas todas ellas a prestar fe a la señora Frola. Esta, en efecto, viene presurosa a enseñarles las cartitas afectuosas que le echa abajo en el cestillo la hija, y también otros muchos documentos privados, a los que, sin embargo, el señor Ponza niega todo crédito, diciendo que le han sido falsificados y remitidos para confirmarla en el piadoso engaño.

Cierto es esto, de todas maneras: que demuestran ambos, el uno para la otra, un maravilloso espíritu de sacrificio, muy conmovedor; y que cada uno tiene para la presunta locura del otro la consideración más exquisitamente piadosa. Razonan ambos a dos a maravilla; tanto, que en Valdana a nadie le habría venido a las mientes decir que cualquiera de ellos era loco, si no lo hubieran dicho ellos mismos: el señor Ponza de la señora Frola, y la señora Frola del señor Ponza.

La señora Frola va a menudo a buscar a su yerno al gobierno para pedirle algún consejo, o le espera a la salida para hacerse acompañar de él a cualesquiera compras: y

mucho más a menudo, por su parte, en las horas libres, y todas las tardes, el señor Ponza va a buscar a la señora Frola al cuartito amueblado; y cuando alguna vez, por acaso, el uno se tropieza con la otra en la calle, inmediatamente, con la mayor cordialidad, se juntan; él le da la derecha y, si se cansa, le ofrece el brazo, y van así, juntos, entre el enojo airado y el estupor y la consternación de la gente que los estudia, los analiza, los espía y, ¡nada!, no logra todavía de ningún modo comprender cuál de los dos es el loco, dónde está el fantasma, dónde la realidad.